

X Los rasgos caracterizantes de las clases sociales

X Dr. ANGEL MODESTO PAREDES

1 CARACTERES MORFOLOGICOS

Los procesos mentales estimulantes de la conducta de cada uno, repetidos, por mucho tiempo, van estabilizándose en prácticas, costumbres y procedimientos propios, que dan su sentido particular de vida a las existencias. Si cada cual habitara un rincón del Planeta sin comunicaciones con sus semejantes, representaría una individualidad y destino peculiares, pese a la comunidad hereditaria que corresponda a varios, pues ésta no es sino propensión que hace juego y responde a las circunstancias, que de ser diversas cambian en el resultado.

Pero la experiencia de siempre nos muestra y la lógica de las necesidades humanas impone la convivencia en agrupaciones de menor o mayor extensión, donde se reciben estímulos de conducta de índole muy próxima y en ocasiones idéntica. Ahora bien, los estímulos idénticos deben conjugarse en función de las dotaciones personales, unas de raíz y origen hereditarios, otras, netamente personales, como la particular conformación fisiológica; de donde emergen o proceden de nuevo variantes en la respuesta. He ahí el inquietante balance de aproximaciones y distancias en cualquiera existencia colectiva. Las aproximaciones mayores se darán si sobre temperamentos forjados en igual claustro hereditario, que en las mismas circunstancias nacieron y crecieron, intervienen idénticas experiencias: los gemelos de una familia. Cuando cambia cualquiera de esos factores, cambia a su compás el resultado. Y el producto es tanto más similar cuanto concurren mayor número de coincidencias. El proceso de-

viene así circunstancial y mudable, como mudan los elementos, y tanto más próximos serán los resultados, cuanto concurran ellos en mayor número.

Con el crecer de cualquier comunidad, se fragmenta en grupos con propios intereses y necesidades, con tanto mayor deslinde y fosa de separación, cuanto aparezcan diversas por condición económica, por régimen de familia, por estirpes desiguales o por razas: siguiendo un orden inverso de gravedad. Los intereses vienen entonces cambiando y multiplicándose y a su medida las fórmulas de vida que se practican. Cuando la disconformidad es original y primaria, según sucede en los deslindes opuestos por la conquista y el sometimiento, hay una rígida descomposición y superposición de grupos que se denominan, en los casos más graves —de disparidad racial— castas. He ahí a las existencias floreciendo en campos contiguos y sin embargo distantes en sus manifestaciones. Cuando es la discrepancia entre los elementos naturales la que ha impuesto o preparado dichas diferencias, son rígidas e inflexibles las reglas sociales que las acompañan y protegen, y sólo el transcurrir de numerosas generaciones pueden borrarlas siquiera atenuarlas; el proceso va de lo heterogéneo —caso de excepción biológica— a lo homogéneo. Cuando un cuerpo homogéneo va separándose en funciones e intereses diversos, surge el camino opuesto, del que surgirán las variedades. El uno es un sistema integrador; el otro desintegrador.

En largos períodos de lucha apasionada, bárbaros y romanos se combatieron, la incomprendión de unos y la repugnancia de los otros, eran tabiques impermeables para cualquier ósmosis social. Pero la convivencia en las mismas comarcas por tiempo indefinido, bajo estímulos semejantes e intereses parecidos, fueron creando las semejanzas que permitieron confundir a los grupos de los altos feudalistas con los de los principales empleados de Palacio en una sola designación, que fué la de aristocracia. Sin embargo la mayoría de los primeros se reclutó entre los germanos y de los segundos entre latinos. De la homogeneidad israelita nacen las doce tribus de Judah con sus particulares caracteres. Y por los dos opuestos caminos se ha llegado a la creación de las clases sociales. ¿Cómo se presentan entonces en la realidad de las existencias?

La conducta se ha diversificado en pluralidad de manifestaciones, matizando el cuadro social de sus apariencias. Es esto lo que se trata de describir en el presente párrafo.

El tiempo y la constancia de hacer en cada fragmento del grupo social segmentado, va dando el tono peculiar a las existencias segregadas, y con trazas más firmes cuanto más riguroso sea el aislamiento. En el sentido que cada uno confiere a la respuesta convenien-

te o eficaz a los estímulos que recibe o a los intereses que mantiene. Sobre todo y particularmente la nota específica se da como un tono sentimental o de decoro del grupo, que crea, tonifica y matiza las experiencias; siendo lento de ordinario los cambios, pero pudiéndolos apresurar con el concurso de numerosas circunstancias aisladoras: supongamos porque el contraste es obra de la conquista y el rencor, cuando en pugna se mantienen los grupos, sea por intolerancia de vencedores o vencidos, o por haberse impuesto un régimen rudo o de indebido arreglo.

Pero las peculiaridades tan lentamente adquiridas y a veces con costoso esfuerzo, son dos y virtud transmisibles por un proceso hereditario, o mejor dicho por varios procesos hereditarios; los que al individuo como ser viviente corresponde, como inclinaciones o disposición a cierta conducta; y aquella indebidamente nombrada herencia social, que es imitación, contagio y destino obligado, como régimen de la familia, estirpe y clase. Por esos medios adquiere espontaneidad la conducta para los miembros del grupo, mientras es difícil, ardua conquista para quienes no pertenecen a él. Es que a veces no es otra cosa que un tono, una matización en el comportamiento, un espíritu que lo vivifica, una aurea que la rodea. En actos materiales parecidos se aprecian, desde luego, intención y ánimos diferentes.

Las clases aristocráticas europeas, después de varios siglos de esmeril en las Cortes bastante convencionales de los Monarcas que iniciaron tales movimientos culturales, pudieron alcanzar la finura y pulimento que tenían hasta las postimerías de su historia triunfante y que como supervivencias hereditarias los transmitieron a su descendencia. Los buenos modales se hallan en ocasiones en toques tan sutiles que no es fácil decir cómo se quebrantan o pierden, ni dar reglas exactas para mantenerlos. De ahí al haberse descubierto un término también muy impreciso, pero elocuente en su vaguedad, para designar el quebrantamiento —no de las prescripciones mandadas sino del espíritu animador— dícese, se ha cometido una inconveniencia. No se trata de un franco desconocimiento de las reglas sociales ni de una verdadera desviación de ellos, sino de la pérdida de cierta eficacia o del tacto debido. Una pregunta inoportuna, la intervención a destiempo en un suceso, anticipándolo o retardándolo, pueden representar tales quebrantamientos. Mientras la misma pregunta o intervención realizadas a tiempo, serán no sólo correctas sino amables y bien recibidas.

¿Cómo adquirir los modales de gran señor que hacen dar sin humillación para quien recibe, reprender o amonestar sin insolencia, criticar con superioridad y sin amargura, aproximarse al inferior sin

confundirse con él ni rebajarse de su propio nivel? El recién llegado —el **parvenue**— el nuevo rico, procurando copiar las excelencias de la educación que admira, no hace sino una caricatura de la misma, digna de toda burla. Ha copiado sin identificarse ni valorar su espíritu, demostrando lo ficticio y forzado de su conducta. Por eso es excesivo en las demostraciones, ignorando el preciso límite, y al menor descuido revela su verdadera condición. El caer de los años, uno tras otro, sobre las estirpes humanas, van dejando algo de sí que no se sustituye con nada. Son los imponderables de un recóndito sentido de vida, el claro-obscuro de las existencias dispares.

He visto la elegancia con que una gran dama daba a besar su mano al caballero que le visitaba y el torpe ademán de la burguesa que quiso imitarla. La manera cómo una aristócrata penetraba amable y sonriente en su salón, conservando el prestigio y altitud de su alcurnia, llamaba señoritas mías a las personas reunidas, y ocupaba un asiento entre sus contetulios cual si fuera un trono. Nadie se sintió humillado ni menospreciado, consideraron que ocupó su propio lugar. Mientras las amabilidades de la esposa de un mercader enriquecido, me parecieron tan ficticias, tan desacostumbradas, tan fuera del lugar, adquirían tonos tan insoportables y de protección insultante, que nadie pudo permanecer por largo tiempo a su lado.

Creo natural y de fácil explicación, y no mera apariencia de pose aristocrática, ese disgusto, disfavor, ese mal ver de las gentes de una clase superior a aquellos que intentan por todos los medios introducirse en sus círculos, y su apartamiento del trato ordinario de hombres cuyos modales chocan con los suyos propios. En el un caso son tan incongruentes con el propio temperamento las actitudes que mantienen, que se hacen visibles en cualquier momento las discrepancias entre los hábitos tradicionales con lo debido a la nueva educación, pues ésta no otorga, y desconoce todo aquello que el tiempo y la experiencia dan y el cultivo a la larga conquista, confiriendo un tono de falso y postizo a lo que hace el simulador.

Todos los días encuentro un par de ancianos, cuyas afabilidades y pulcritudes están gritando a distancia el esfuerzo que les cuesta: querrían ser afables y son empalagosos. Suena a cristal rajado próximo a hacerse trizas. Y en caso de conservar el sujeto su rusticidad natural, es fácil comprender que disguste y fastidie a quienes hacen gala de pulcritud.

Fué la sensación de incongruencia, de desarmonía con los nuevos llegados, la que condujo a la nobleza romana a despreciar a los bárbaros, no obstante los esfuerzos de éstos por captarlos. El prestigio de los romanos era estupendo entre las huestes triunfadoras, y la cólera y el desprecio casi insensato por parte de aquéllos a és-

tos. Por eso se afanaban los dominantes a conquistar con dádivas a los dominados, habrían querido restablecer la pompa y el ceremonial del imperio y su refinamiento decadente. Mas las viejas estirpes patricias y senatoriales, recibiendo los dones no ocultaban su apartamiento y disgusto de los donantes. Refiere uno de los historiadores de la época, que cierto señor de vieja estirpe latina escribía a un amigo suyo: tú los huyes cuando son malos y crueles, yo los detesto aún cuando sean buenos y dadivosos. El conflicto era casi orgánico, de repugnancia, como lo volvieron a sentir al contacto con los hunos: esos comedores de carne cruda, impregnados de sudor de bestias y hombres, las caballerías de Atila a cuyos soldados los llamaban "los hediondos". Sin embargo Atila, rehen bárbaro en la Corte de los Emperadores, había aprendido los más tortuosos pasos de la diplomacia romana, que los practicó con alta sabiduría en su lucha contra Oriente y Occidente, sin adquirir jamás la elegancia y postura de los senadores.

Es el tiempo y continuidad de empleo ejercitados sobre las cosas o la conducta, los que van puliéndolos o ilustrándolos, nada suple a la virtud de esas continuas repeticiones. Como una anécdota de las más expresivas para prefigurar en nuestra mente el suceso, voy a referir la siguiente: a cierto jardinero inglés se le inquiría acerca del modo de obtener la perfecta uniformidad del césped en los parques de la Gran Bretaña, tan envidiada por la jardinería de todo el mundo. El interrogado explicó, la MANERA de conseguir es muy fácil: se lo recorta con prolijidad cada mañana, y esto durante doscientos años.

En lo humano las imitaciones no remedan a la realidad a corto plazo, sino que requieren un entrenamiento muy largo en forma de volverse habitual y espontánea la conducta, pues de otra manera nos están amenazando de continuo las desviaciones y tonos falsos. Y éstos en la práctica diaria se transforman en ridículos y grotescos, a poco que el falsificador se descuide o no tenga una gran dosis de perspicacia. La literatura europea del siglo pasado fué abundante en relatar existencias parecidas entre los hombres de negocios enriquecidos o los generales de fortuna resueltos a conquistar su puesto entre las altas categorías.

Las hijas del Padre Goriot y sus yernos, en la famosa novela de Balzac, evidencian las contradicciones y dificultades nacidas del vivir en esferas sociales que no nos corresponden, y los sacrificios impuestos por esas convivencias a quienes se hallan en semejante situación. Aquel padre enriquecido en el comercio, que acrecentó céntimo a céntimo la fortuna, para luego entregarlas en abundantes caudales a sus ávidas y siempre necesitadas hijas; puede considerarse como una exaltación trágica del amor paterno, en síntomas casi mó-

vidos; pero al mismo tiempo cabe simbolizarse en él las inauditas exigencias de las clases privilegiadas para quienes sin pertenecer a ellas, quieren incorporárselas.

La familia íntegra es víctima de esos destinos, pero hay una figura en la cual se ha extremado el holocausto, el padre humillado y despreciado, al que alguna vez se le permite escurrirse entre los recintos reservados a la servidumbre de las fastuosas moradas cuyos despilfarros él sólo los costea. La mayor miseria y ultraje para el progenitor, para quien sustenta un brillo que no borra la mancha de origen de sus descendientes. El patetismo de las situaciones personales opacan un poco el sentido social de la obra.

En la inmensa epopeya de Emilio Zola, que el autor titula: "Historia Natural y Social de una familia bajo el Segundo Imperio", se ha hecho la disección más completa que se conoce de los estratos sociales del pueblo francés pudiendo el sociólogo extraer enseñanzas admirables sobre composición de las clases, caracteres propios de las mismas y relaciones entre ellas. La familia Rougeon-Macquart, arranca su origen de la sensual Adelaida Fouque, hija de los más ricos labradores de la comarca. Especie de matriarcado el suyo, pues los hombres que le dan sus hijos apenas pasan por su historia, como zánganos fecundadores de la Reina en la colmena. De este árbol burgués recién plantado procederán ramas y raíces adventicias múltiples en la genealogía: unas para elevarse y escalar las mayores categorías, otras para hundirse y sufrir espantosas derrotas. Descrito todo en prodigiosos cuadros y vibrantes relatos. El pueblo que sufre y padece a quien se le humilla y despoja, toma a veces sus revanchas y, en ocasiones, muy crueles. Eugenio Rougeon asciende hasta los más altos escaños del Poder, y desde esas cumbres reparte favores y recibe las humilladas adulaciones de la aristocracia; juega a la popularidad con descarados arbitrios, confiriendo o quitando honores. Pero la venganza apasionada y furiosa encuéntrase en manos de una mujer, la deslumbrante cortesana Naná; la hija del albañil borracho, Coupeau y la abnegada víctima de innumerables desastres domésticos, Gervasia Macquart. Nacida y crecida la hija en la miseria —cuando se derrumbaron las esperanzas de Gervasia porque el vicio se apoderó de su marido, venciendo en la lucha entablada por ella para salvarlo— no encuentra más salida a los maltratos paternos que la prostitución. Linda, traviesa y descarada, sabe subir de los bajos fondos hasta conseguir el cetro del París galante, a cuyo amparo destroza inmisericorde, nombre, prestigio y fortuna de varios representantes de la nobleza, sin ceder ante la compasión jamás. Familias enteras dejan en los fastuosos salones de la mujer mundana, dignidad y dinero, honorabilidad y corrección.

Es manifiesto que la comprensión perfecta de la psicología de las clases sociales no se da —sino en contadas circunstancias— en la mente de quien no pertenece a ellas. Son perspectivas distintas las apreciadas, valoraciones diversas las que se ofrecen al juicio de cada cual, por el centro donde mora o se sitúa. "El mundo de los Guermantes" de Proust, es un ámbito de conciencia crepuscular en el cual sus actores se mueven como marionetas a impulsos de ficticios sentimientos. Pero de cuento el extraño se burla y menosprecia, puede ser motivación muy honda en la clase respectiva: crecido prestigio de abolengo, historietas de hazañas increíbles cumplidas por los antepasados, triunfos y honores militares propios o de sus amigos. La ironía del hambre de distinto medio para todo ello, cabe justificarse, por una mejor apreciación de los valores humanos a que responde, o se explica por resentimiento de vejámenes sufridos. ¿Quién sin embargo es árbitro seguro para la valoración? ¿Acaso en su propio medio no hay minúsculos intereses que se los enfatiza?

En "El amante de Lady Chatterley" de Lawrence, propiamente el conflicto deviene sexual, surgido de desvíos amorosos con que la naturaleza compensa o castiga ciertos excesos mentales y de refinamiento en las familias de viejas estirpes privilegiadas; cuyos vicios los condujeron a un decrecimiento continuo del vigor y a la exacerbacación de los nervios atormentados. Es el propio sensualismo incontrolable que tanto se ha dramatizado en la literatura y el cine de nuestros tiempos, de la gente de alcurnia que busca en el futbolista o el luchador quien satisfaga sus ansias de violentos contactos. Es una manera de neurosis uterina que reclama energicos reactivos. El contraste es ruda oposición y áspero sabor de lo nuevo que sacuda nervios entumecidos en la placidez del destino conquistado, en "El amante de Lady Chatterley".

Me viene a la memoria el recuerdo de una mujer a quien conocí. La llamaban madama de la viruta y aserrín, por haber alcanzado su fortuna con el trabajo de carpintería de su esposo. A su economía desahogada quiso unir la que conceptuaba la aristocrática elegancia de la existencia diaria. Todo era en ella ademanes ficticios y rebuscados, pero con tan poco acierto y cordura, que la cortesía convertíase en adulación, las gallardas posturas en brutal insolencia y el idioma escogido estaba plagado de términos no apropiados o contrarios a lo que quería decir, apareciendo con bastante frecuencia las palabras deformadas o con pronunciación incorrecta. En determinada ocasión refiriéndose a un ebrio consuetudinario manifestó, es un "embrio prostitucionario". Se volvía difícil guardar compostura en su presencia, pues ella era un conjunto de ridiculeces e incongruencias.

Por otro lado la aristocracia defiende con vigor el exclusivo empleo de sus actitudes y modales, se resiste a entregar al extraño el secreto de ellas y requiere de los suyos el completo sometimiento a las reglas empleadas. Y son tan naturales y comprensibles esos designios, cuanto es timbre de orgullo para la aristocracia el haberle alcanzado como demostración tangible de su superioridad de la cual no abdicará, sino forzadas por las circunstancias. Pero ello no es el resultado de exclusivo reconocimiento propio o auto-calificación, sino expreso o tácito asentimiento de las demás clases. De ahí que al ocupar su puesto político, cualquier grupo inferior, luego de una revolución triunfante, trate de imitarla en sus modales.

Sin embargo no ha de creerse que sea peculiaridad aristocrática la defensa de las propias costumbres y conducta, corresponde también a las demás clases quienes rechazan, casi con rabia, cambios en el comportamiento de sus miembros; excepto cuando hayan decidido suplantar a las superiores como queda dicho.

Menos acatadas y prestigiadas ante las demás, las formas de conducta que practican las clases inferiores, son no obstante para la comunidad correspondiente firmes y resistentes, y cerradas y vedadas a cualquiera invasión de fuera o a cambios esporádicos dentro del grupo. No se toleran las fugas ni los renunciamientos, como tampoco las ingerencias ajenas. El compañero que se aparta es un traidor al grupo y hay que perseguirlo; el extraño que se introduce es un espía y sensor de los actos ~~de los otros~~, debe desconfiarse de él y apartarlo.

Hay casos en que, por numerosas circunstancias de índole privada, sujetos pertenecientes a una clase han caído en otra inferior, en especial por alianzas matrimoniales —porque el amor enreda cualquier destino— pues entonces se han convertido en víctimas de todos y para todos. De los de arriba, porque los desconocen y los desprecian; de los de abajo, porque no los acogen con simpatía y no rara vez los humillan por su caída y sobre todo porque en estos modales o los residuos de ellos que conservan, ven el diario reproche a los suyos, más ásperos y rudos. Los mismos que los aman y por quienes se han sacrificado, encuentran a la larga incómodo el contraste y la violencia empleados para atenuar diferencias. La víctima hace desesperados esfuerzos para adaptarse venciendo numerosas repugnancias, pero se encuentra con hábitos demasiado arraigados para descuajarlos de su vida. La tragedia ronda a tales existencias desorbitadas, y se desencaneda el rato menos pensado. Claro que semejante gravedad no será, si las clases sociales respectivas son próximas, sino cuando están bastante alejadas.

A veces decide, consciente o inconscientemente el grupo, adoptar los hábitos de aquel al que lo ha desplazado y trata de sustituirllo, como si supusiera que consustancialmente unido a ellos vinieran el prestigio y dignidad. Tal ocurrió con la alta burguesía francesa triunfante, luego del vencimiento del Rey y la aristocracia del Antiguo Régimen. Entonces se trata de un gran movimiento táctico en que empeñada la mayoría no puede perjudicar a ninguno, sino por el contrario conferir excelencia a quienes lo logran o se aproximan por lo menos. Lo que sí se da con todo rigor son las dificultades de aprender e imitar; convirtiéndose en una obra de muchas generaciones de paciente iniciación y diario cultivo. Pues corresponde al papel de nueva psicología que habrá de imponerse lentamente y después de vencer un sinnúmero de dificultades.

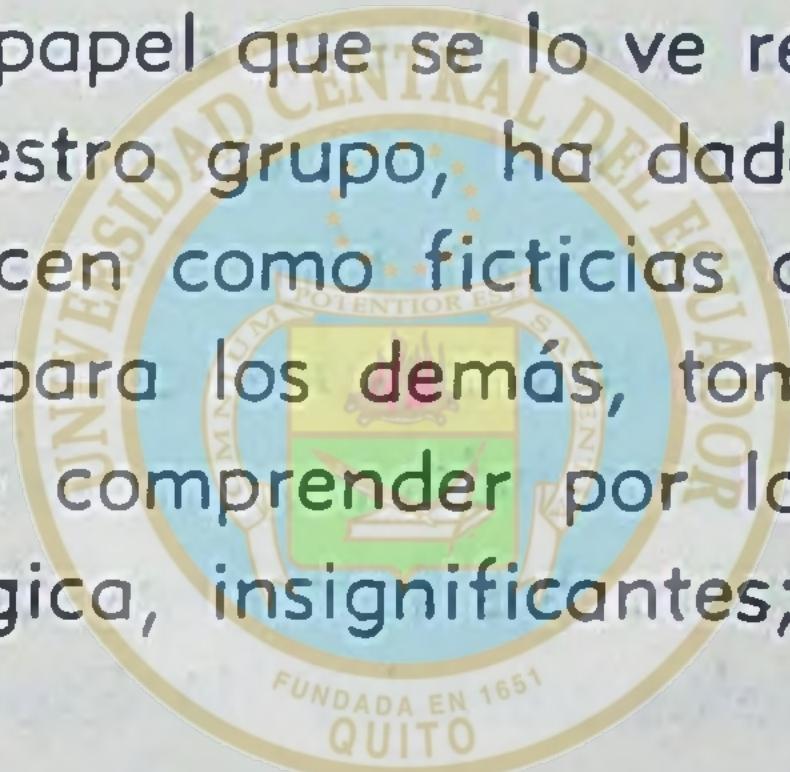
No temo insistir en el análisis de esa doble condición que supone el suceso histórico: el plan puramente individual del ávido e inescrupuloso que desea triunfar por encima de cualquier obstáculo, persona tan bien calificada por Rómulo Gallegos como la trepadora; y el plan político que quiere ornamentar sus avances con el prestigio de lo externo y decorativo.

Las clases sociales, no en plan de conquista y ascenso sino de conservación, son celosas de sus atributos y no consenten de los miembros que las constituyen manifestaciones de independencia o iniciativas perturbadoras de sus costumbres. De ahí el resultado final en cualquier evasión de un sujeto de su propio círculo, al desertor no se lo acepta de buen grado en la categoría a que aspira y es rechazado con rencor por los antiguos compañeros. En consecuencia su aislamiento se caracteriza: por el ferviente afán de forzar a los unos a que los reciban en su seno, resuelto a cualquier sacrificio para conseguirlo; y una endurecida e insolente persecución para los abandonados, compañeros, en especial cuando los cambios han sido de las esferas inferiores a las superiores, pero en los mismos casos de descenso para convencer a sus amistades del decidido propósito que lo anima. Con notable énfasis se ha caracterizado en el Ecuador, hasta hace poco tiempo, este surgir de las capas bajas a las altas, y el desprecio demostrado por quien cree haberlas alcanzado, a la gente de baja ralea: el más despreciable de los hombres, se ha dicho, es el cholo enzapatado. (1).

En nuestro tiempo ha surgido un gran nivelador de las costumbres y prácticas, me refiero al cine educativo. El cine educa aún sin

(1) Sabido es que se llama cholo en el Ecuador al mestizo de blanco e indio, y que el uso del calzado no se generalizó entre ellos sino hace poco tiempo.

pretenderlo, tiene algo de positivo incluso en los casos de exhibiciones no recomendables, a lo menos enseña ciertos modales y comportamiento. Rarísimo es el caso de ser total y absolutamente pernicioso. Y por medio de sus enseñanzas es que la conducta del ciudadano tiende a perder mucho de la irreductibilidad entre los diferentes grupos, a medida que se extiende y populariza. Este y otros factores hacen que en nuestro siglo, tan cruelmente democrático y standarizador, las diferencias vayan siendo cada vez menos aparentemente visibles, si bien todavía indudables. A la camarera de vuestra hotel si la encontráis en un salón de gran lujo, sobre un fondo brillante y magnífico, difícilmente la distinguiréis de una gran dama en el primer momento, pero poco a poco y con una observación atenta y perspicaz podréis subrayar lo falso y postizo de los ademanes. Los propios actores del teatro, tan acostumbrados a simular papeles de altos personajes, no llegan a connaturalizarse con ellos, de manera de poder vivir en sociedad como sus modelos vivirían. La dificultad de traducir en forma exacta el papel que se lo ve representar al personaje que no es miembro de nuestro grupo, ha dado falsos mirajes a escritores, que a veces traducen como ficticias actitudes naturales. Rasgos realmente minúsculos para los demás, toman en su mundo una importancia imposible de comprender por los otros. La etiqueta tiene sus reglas, en pura lógica, insignificantes; en la práctica, de respeto incombustible.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Pero habiendo señalado los datos experimentales externos, no hemos desentrañado el proceso profundo de su creación, lo cual se da con mayores o menores relieves si se refiere a grupos étnicos heterogéneos u homogéneos, más en fuerza de equivalentes circunstancias.

La comunidad de ocupaciones exigiendo aproximamientos de variada índole entre las personas, crea para ellos amistades, simpatías o simples actos de cortés comunicación, de los que han de proceder relaciones inter-domésticas de las llamadas de vida social. He aquí un campo vastísimo de sugerencias que influirán en la fisonomía de las clases. El círculo de sus amistades representa de ordinario para el ciudadano la clase a que pertenece, con las consecuencias de toda índole, entre ellas la de imitación y semejanzas, deliberado en forma espontánea.

¿La señora tal, este caballero, han causado sensación entre sus relacionados por la ornamentación de sus salones, por el traje que lleva, por sus actitudes ante tal o cual circunstancia, por el trato ama-

ble o condescendiente? Pues es preciso aprenderlos y superarlos. De ahí el repetido afán de copia y mejoramiento que van reglamentando en secreto la conducta de los grupos. Claro que eso es la exterioridad, la cáscara puesta, el coturno empleado para desempeñar el papel de cada uno en sociedad. No corresponde el significado de sus mejores intereses, pero por un extraño juego de acciones y reacciones los formula e interpreta —aún cuando no en todo caso— según me prometo analizar después. El suceso se da en particular cuando las costumbres se han estabilizado en hábitos firmes y precisos como decoro y prestigio de clase. El caso se presenta como concurrencias incidentales, que al perdurar por mucho tiempo tienden a confundirse, induciéndolos a considerar a las unas como los insustituibles vestimientos de las otras.

En muchas ocasiones se ha extremado el aprecio de las exterioridades y se han formulado los juicios bajo sus signos exclusivos, dando como consecuencia el calificar de clases sociales a grupos incoherentes, formados por sujetos que desempeñan papeles ocasionales en el arreglo político, según pasa con aquellos constituidos por los empleados públicos de una administración. Sin embargo, hay casos en que sí es dable hablarse de estos grupos como centros estabilizantes de una clase social. Así ha sucedido en las Gobernaciones Coloniales para las que se eligieron entre los hombres de la Metrópoli quienes debían dirigirlas. Los españoles venidos de España a las tierras americanas de la conquista, en su mayor parte traían la investidura de cargos y empleos públicos. Al llegar éstos a su residencia creaban el núcleo alrededor del cual se reunían los demás habitantes ibéricos de estas comarcas, creando una especie de corte o clientela —según la categoría del empleado— formada con asociados, adictos, aliados, comensales o protegidos. Constituían la aristocracia peninsular soberbia y llena de desprecio para los hijos del suelo. Lujo y vanidad, ostentación, cinismo y suficiencia constituían sus características: el trabajo despreciado por ellos, no los mejoraba y la procacidad en la conducta no los humillaba, si se las ejercía sobre los hombres y mujeres de la tierra de su morada. Las leyendas, históricas muchas, de Ricardo Palma, nos lo describen a lo vivo, y los historiadores de la Colonia no han sido menos enérgicos al relatar esas costumbres. Ejemplo vívido es del historiador González Suárez. He ahí cómo el empleo y cargo público se transforman en raíz y origen de una clase. Pero es fácil averiguar que ello se debe, no al empleo propiamente tal, sino a la calidad de persona investida con él.

Nace casi siempre de una especie de segregación, selección y aislamiento —buscado o impuesto por las circunstancias—, entre los administradores y los administrados de los regímenes coloniales. Co-

rresponde en parte a la necesidad de mantener el prestigio metropolitano y en otra mayor responde al contraste evidente entre las costumbres practicadas. El colorido y encanto de lo extraño y nuevo para el turista, no perduran largo tiempo entre quienes deben vivir permanentemente dentro de una sociedad a la que no comprenden o cuyas prácticas los disgusta. El Residente francés, el gobernante nombrado por Inglaterra para sus dominios, considerándose superiores por origen y sangre a los sometidos o, según dicen ellos, a los protegidos, los menosprecian y sin intención o con ella lo demuestran en las diversas circunstancias de la vida. Pero aún sin esa natural prevención, encuentran a cada instante algo que choca con sus costumbres o que no lo entienden, por cuyo motivo se alejan y se aislan, evitando otro contacto que el rigurosamente oficial. Los habitantes del país por su parte reaccionan de manera violenta o en resistencia pasiva. Pueden no llegar a la guerra, pero la hostilidad está latente. En esas circunstancias cada cual se recluirá en su círculo y en sus propias prácticas.

Al bungalow del Virrey rodea la exuberancia del jardín tropical, recargado de color, el perfume y la forma de plantas del país. El éxtasis soporífero que envenena con sus emanaciones inunda el recinto y no se encuentran lejos las alimañas de la selva. Pero el interior de la residencia se tapiza y decora según las exigencias de la moda en la Gran Bretaña. Aquí serán recibidos los príncipes y magnates indígenas, para las grandes ceremonias o los bailes de cortesía, se rendirán reverencias y se derrochará amabilidad, en un marco sumptuoso e impresionante, pero muy lejos estaremos de cualquier intimidad y sentido de mutuo entendimiento. Lo natural y efusivo podrá darse sólo en las reuniones de ciudadanos británicos.

Aún no se ha escrito la historia espiritual de las colonias, o mejor, su proceso sociológico, donde tendríamos la explicación adecuada de muchísimos sucesos conocidos sólo en el resultado final. Los móviles de las acciones se descubren más que en el acontecimiento externo con sus supuestas causas y efectos, en los impulsos y fermentos internos predisponentes de cualquier conducta. Lo externo es el estallido, la explosión; lo interno, la eficacia acumulada de motivaciones. Existe una expresión común y familiar que sintetiza muchísimas experiencias: de la abundancia del corazón habla la lengua. La vida es hondura y no superficie, lo externo engaña cuando no se lo interpreta en el justo sentido de la causación interna. Al historiador de los pueblos hasta el presente, sólo le ha impresionado la concatenación externa de los sucesos y en ocasiones ha debido atormentar los hechos para incluirlos dentro del programa por él imaginado. Más que de la Filosofía de la Historia —con frecuencia apriorística y sensacionalista— debemos valernos de su sociología, penetrante, rea-

lista y conformada por los hechos. El dato diario y humilde ha sido desestimado ante la fulguración y magnitud de grandes acontecimientos; por eso su desconcierto en numerosas interpretaciones. ¿Es concebible que el asesinato de Sarajevo haya precipitado la primera guerra mundial? No, es ese un hecho episódico en conflictos de inmensa preparación y largo origen, el relato que parece anecdótico, con frecuencia tiene mayores dosis de verdad que los documentos oficiales, aún de aquellos donde no se trate de desfigurar los hechos.

Debo completar el cuadro costumbrista con el relato de las maneras de empleo de la riqueza. Fíjese bien que hablo del empleo de la riqueza, no de su obtención ni de la dotación de la misma entre los particulares; pues he repetido con insistencia que el monto de los caudales disponibles no es el único índice para clasificar los grupos objetos de este estudio. No es subestimar la importancia económica, ni desconocer la tendencia del último siglo a concederle puesto de privilegio entre todos los otros fenómenos, sino señalar su riguroso papel. Debo proclamar enfáticamente que no están en segura e ineludible relación los caudales de nuestro patrimonio y el modo de emplearlos. Hay sujetos que harán lo innenarrable para lucir y triunfar, simulando un fausto superior al impuesto por sus recursos. De modo especial en las clases superiores y entre los asaltantes de distinciones que pretenden elevarse sobre su propio rango. En contraposición ocurre entre las menos favorecidas, que incluso el hombre pudiente no consume en la cuantía que sus posibilidades económicas lo permiten, no por avaricia siempre, sino en la mayoría de los casos porque no experimenta la necesidad o se sienten hostiles para cuanto conceptúan lujo inútil.

¿Quién no ha asistido al derrumbarse de una gran familia? ¡Cuántos desesperados esfuerzos por evitarlo! ¡Cuántos lances desconcertantes! ¡Qué sinnúmero de subterfugios, de trampas, de sorpresas para sus acreedores! Causa lástima, produce desolación, sin poderse evitar un poco de ironía ante tantas y tantas ridicleses a las que se acude para evitar el desastre. Cuántas vanidades humilladas, cuántas grandezas destruidas y por los suelos: suplicando en reserva a los unos, impresionando a los otros con falsas empresas, fingiendo ante los menos perspicaces la opulencia un tanto despreocupada pero sólida de aquellos cuyos pagos se retardan por descuido, en fin, engañando a todos. Para conservar las apariencias se acude a cualquier recurso, pero la quiebra y humillación definitivas son inevitables. El decorado sumptuoso oculta la miseria, y el orgullo en su punto hasta el final; a menos de sacrificarlo en aras de un beneficio económico. El prestigio de la grandeza ha sentado sus reales sobre todo en lo decorativo y externo y hace falta defenderlo hasta el último extremo. Por de-

ber, cuando no por convicción, necesita gastos ingentes para el sostenimiento del prestigio.

En contraposición es fácil observar, cómo humildes trabajadores, guardando del escaso caudal que no llega a cubrir sus necesidades, una parte mayor o menor, para sus épocas difíciles y sin trabajo, vánse acostumbrando al sistema de ahorro, día a día, mes por mes, hasta llegar a atesorar fortunas en ocasiones considerables. Alguno ha dicho, lo difícil es llegar a conseguir determinado nivel económico, que alcanzado, la riqueza va acrecentándose de manera natural y progresiva. Pero el sujeto ahorrador entretanto ya se ha acostumbrado al método de vida que comporta numerosas privaciones, las que dejan de serlo para convertirse en hábitos de subsistencia. Algún otro ha dicho: no se acumulan nuestras riquezas en proporción de las entradas que tenemos, sino del espíritu de ahorro que nos distingue. Y la gente pobre enriquecida por su esfuerzo propio, conserva el mismo ritmo de economía no obstante los abundantes medios a su disposición, por fuerza de las costumbres y por no hallarse atraído por las comodidades tan indispensables para sujetos de más alta condición. No es la avaricia el único motivo de su conducta, sino la incapacidad de gozar en ambiente distinto o con mayores bienestares. Un Director de Asistencia Pública formulaba juicios adversos a la posibilidad de incorporar al indio a la vida culta, sobre el hecho de haber constatado que los asilados de esta raza en los hospitales, en muchos casos, abandonaban el lecho blando preparado para ellos para tenderse en el duro suelo. Es visión precaria y poco comprensiva de quien así juzga. Todo lo nuevo y extraño a nuestras costumbres debemos conquistar con lentitud y luego de numerosos ensayos. La Europa tradicionalista no se acostumbra hasta ahora a indudables avances de los norteamericanos, supongamos a la ducha en los baños. Sin embargo cuánta superioridad existe en mil refinamientos europeos aún no comprendidos por el yanqui.

Conocí en mi juventud un opulento señor enriquecido en el ejercicio de una mayordomía, que entregaba a sus hijos abundantes recursos, contribuía con larguezas a los expendios de las comunidades religiosas, pero su vida privada era de una austeridad y pobreza repugnantes: su lecho lo constituía un pequeño tablado sobre el que se extendieron por colchón pieles de oveja.

A esos económicos conservadores de su fortuna, suceden con frecuencia herederos que la desvanecen en pocos años. La causa frecuente es su propósito de ascender en consideración y respeto en la medida de los recursos que tienen, y no en la medida, sino en proporciones mucho mayores, para vencer la resistencia de las viejas categorías, deslumbrarlas y comprar el derecho de sentarse junto a ellas.

De esta índole son las ostentaciones de los nuevos ricos y de los ras-tacueros simuladores de fortuna.

He ahí el empleo de la riqueza prestando equivocados mirajes y dando origen a juicios falsos. Como la posesión efectiva de la fortuna disimulada o desconocida o sin empleo adecuado, para poder razonar por sus demostraciones la jerarquía social de sus dueños.

El aspecto digno de dilatados análisis sería la condición complicada que afecta a la clase media en los varios aspectos descritos hasta ahora, por su posición intermediaria entre la alta y la baja, sufriendo en distintas proporciones el influjo de la una o de la otra; a veces con salarios y medios de fortuna próximos a los de la clase baja, y teniendo que guardar un decoro que reclama muy superiores rentas. O de aquel artesanado u obrerismo especializado cuyo aumento de remuneraciones nos los ha hecho cambiar de régimen. Pero respecto de la clase media hará falta un estudio particular de ella para distribuirla en su propio destino junto a las otras.

Nada existe de definido ni claramente visible en la morfología de las clases sociales, no es posible trazar en rigor y a lo vivo la propia fisonomía de cada una, las líneas que debían dibujarla, se difuminan y hasta tienden a desvanecerse a poco que se procure fijarlas; pues siendo indudables las diferencias entre los grupos aparecen más bien como síntomas, matices, tintes, tendencias, un claro-oscuro en el cuadro de las relaciones humanas. Un toque inesperado de sensibilidad para quienes no forman parte del grupo, un tono inimitable para los extraños, es cuanto queda muchas veces de sus intervenciones.

Sobre todo las clases no se estructuran ni funcionan como tales de una manera continua y aparente, no son creadas por la voluntad de ningún organismo o persona; nadie hasta ahora las ha formulando en sus desinencias exactas ni han establecido las reglas de su aparición, se las aprecia en forma intuitiva antes que razonada. Son desarrollos naturales y no reflexivamente queridos, peculiaridades adquiridas dentro de una comunidad humana como producto de las similitudes de ocupación que el tiempo y el contagio mental los estabilizan. Más que verdadera conciencia de una comunidad de fines que engrende simpatías significa confluencia de intereses y aspiraciones, de juicio de valores, motivos de rivalidades y egoísmos en el ordinario proceso de las existencias. Es el diario y continuo fluir de las experiencias y conducta que estimula en igual sentido a todos los miembros de la misma categoría, pero sin que los ate un propósito de comunidad. Por el contrario, se sienten rivales y hostiles, procurando la superación y predominio de los unos sobre los otros en el juego de exhibición y prestigio de los atributos. Sin embargo, en momentos difíciles y de peligro para la generalidad, cuando sus privilegios se

discuten y las jerarquías de las clases están amenazadas, se agrupan y disciplinan casi de manera automática sus individuos.

Traduzcámosslo a la política lo dicho con anterioridad. Sabemos que no hay clase social activa sin alguna influencia ante los órganos de la administración, pues los grupos sin prestigio ante ésta ni tomados en cuenta en el balance de fuerzas, es grupo marginal de mis explicaciones. Pero eso no significa en sus manos atributos administrativos ni don de gobierno, ni siquiera militancia en cualquier partido o respecto de cualquier régimen. No forman cuerpos electorales propios, no tienen clubs o partidos estructurados por ellos en los tiempos modernos y cada cual por sí ocupa o no un escaño entre los detentadores del poder. Cuando se habla de un partido aristocrático o democrático, no se lo hace teniendo en cuenta la condición de los personajes adheridos a él, sino la bandera que ostenta, los reclamos que mantiene. En los partidos populares de todos los tiempos se han inscrito numerosos aristócratas, ya para medrar a su amparo o por propia convicción; los luchadores en beneficio de las causas aristocráticas casi siempre fueron gentes plebeyas vinculadas por uno u otro motivo con la aristocracia. Sin embargo en momentos de peligro para sus privilegios o derechos, las clases se agrupan y organizan sus cuadros de comando, olvidan diferencias y todos unidos —con las excepciones antes mencionadas— marchan a la batalla. Ese elemento semi-líquido y casi gaseoso se consolida para desintegrarse después (Mayores detalles serán consignados después).

Las anotaciones morfológicas que nos hemos empeñado en señalar, no nos han dado ni podían darnos un escorzo acusado de los sujetos de nuestro estudio, sino meras insinuaciones dispuestas para las particulares comprobaciones, o sea un cuadro de valores adoptativo a las circunstancias. Y las calidades correspondientes al asunto son las que explican los frecuentes desvaríos imaginativos en los autores que, aspirando a la precisión sólo encuentran vaguedad, y tratan de sobreponerse a ésta. El rigor científico de la descripción se escurrirá siempre entre las mallas del tamiz empleado, por denso y compacto que se lo suponga. Mas no es ese el único peligro, sino otros varios, entre ellos: que lo externo es demasiado aparente y superficial para fijar sustancias, sin dejar de señalar derroteros y trazar ideogramas; los datos se hallan sometidos en exceso a la interpretación de cada observador, conteniendo sin embargo en sí mucho de objetivo y real; y que la conducta responde con sorprendente ductilidad a las incitaciones de la imitación para no despistar fácilmente a quien los estudia en las apariencias, si bien conserva sus esenciales atributos, como hondos caminos abiertos en la sensibilidad y la emoción para sutiles demostraciones temperamentales. Hay que

buscar las secretas fuentes emotivas y valorativas, entre ese abundante concurrir de síntomas, apariencias, signos.

Una señora austriaca que había vivido por muchos años en Buenos Aires me declaraba: los argentinos no saben comer; pues si sus manjares son suculentos y abundantes, carecen de los refinamientos tan en uso en las costumbres europeas. No es lo mismo beber cualquier vino en copas de cristal ordinario que en otras de bohemia, comer en vajilla común que en loza de Sebres. El hogar alhajado con muebles, cortinajes y alfombras por mucho tiempo guardadas en nuestras casas, tiene un confortante calor y un sentido íntimo que no se consigue con ningún dinero. Las prendas de vestir conservadas por muchos años en nuestros cofres y que usaron varias generaciones de nuestra estirpe, no pueden ser sustituidas por nada. Hay algo que queda y perdura como humano aliento en la morada que vive una familia de generación tras generación, en los objetos que usaron, en las prendas que vistieron.

2. LOS ASPECTOS PSICOLOGICOS

La psicología individual del ser humano responde a estímulos personales inmediatos, y a otros ancestrales y de lejano origen familiar, o sea transmitidos por herencia. En el sujeto se encuentran presentes el propio destino y el de la estirpe. Podemos decir que en nosotros viven nuestros antepasados y de nosotros arrancan varias de las que se considerarán en el porvenir peculiaridades de tal estirpe. La psicología de ella es por lo tanto, el desarrollo congruente de su historia mental evolutiva. Lo cual a más de no significar identidades personales no representa tampoco un avance continuado, armónico y lógico, sino sometido a las variantes impuestas por las fuerzas biológicas concurrentes, los determinantes del medio físico y social y los circunstanciales. De manera que en cada cual confluyen las experiencias del pasado y las propias, los ritmos emotivos pretéritos y los presentes adquiridos por cada uno. Conquistas de toda índole que la memoria de la especie capitaliza, y aportes nuestros del diario vivir.

Ante todo nos corresponde inquirir por los caudales mediatos de nuestra psicología, los que recibimos elaborados y en comunidad con los demás del propio grupo, para luego señalar cómo se operan y actualizan en cada conducta y los aportes particulares a ésta, debidos a cada iniciativa.

Y debemos apreciar en el hombre y su psicología original, cierta infraestructura, no de líneas seguras y definitivas, sino maleables y de adaptación, que trae al nacer. Es a la manera de propensiones e inclinaciones, pero también algo más concreto y real, configurado

y firme, que son los instintos. Los instintos como memoria de la especie, en la humana, si bien dirigen y encaminan, pero no se imponen a la manera de una fatalidad invencible o regla sin excepción en la historia particular y momentánea del individuo, aún cuando sí en su conjunto y ordenando la vida del grupo, son los calificantes de su conducta. Moldes variables para experiencias múltiples.

A la manera como algunos colorantes se fijan y afirman por la sumersión sucesiva del objeto en varios baños de consistencia diversa, así el individuo humano recibe múltiples sumersiones en numerosos impregnantes hereditarios. La raza es el primero de los impregnantes que perdura en los grupos humanos, como una posición o sentido orientador de la vida. Yo he significado con rasgos muy genéricos el sentido de semejante impregnación, bajo el prestigio y a la luz de los conocimientos históricos, cuando demostré cómo a los arios los había calificado el sentido político y de organización del Estado, en el interior del mismo; y en el orden internacional, su idea de predominio o un imperialismo capaz de convertirse en el pensamiento de un gobierno universal. Mientras entre los pueblos amarillos predominaba la excelencia de las virtudes domésticas, incluso en las relaciones oficiales de los grandes Imperios.

Significado biológico un tanto más preciso nos ofrece la contemplación de cada nacionalidad, si ella es, según yo la he calificado, mutación dentro de la especie; o sea, variedad durable que no responde a sólo las circunstancias ambientales.

Junto a ella la estirpe de que descendemos, múltiple o una, con esa especie de endogénesis o exogénesis que nace de la conjugación entre parientes o extraños. Y lo que debemos a nuestros inmediatos antepasados. O con una distinción que a veces se usa: lo atávico y lo simplemente hereditario.

Pero si son tan extensos y múltiples los aportes hereditarios ¿ellos calificarán en plenitud cualquiera existencia con seguridad completa? No, por las razones que a continuación digo:

En una hipótesis desde hace larga fecha sostenida por mí, mantuve que la herencia biológica de los caracteres no representaba dotaciones seguras y específicas de los atributos de los ascendientes repetidos en sus sucesores, sino una cierta propensión a determinado orden de resultados, en forma tal que, sin reproducir necesariamente las calidades del progenitor puedan dar de sí equivalencias de naturaleza parecida o similar. Materializando el proceso e inscribiéndolo en los portadores del mismo, me atreví a señalar a los determinantes o genes como meros activadores del suceso viviente, a la manera como actúan los enzimas o fermentos en la química inorgánica u orgánica respectivamente. No entran en el producto como elementos

constitutivos pero lo favorecen. Y siendo en este sentido neutros, se hallan en aptitud de servir, sin desgaste, a numerosas experiencias y realizaciones. Con aplicación de tal hipótesis cábeme explicar que, las características de los ascendientes no siempre se han de reproducir idénticas en la descendencia, sino de acuerdo con los medios que rodean al sujeto en el momento de fijación del atributo: medio uterino con sus deformaciones momentáneas o continuas, el ambiente geográfico y físico en general que lo circunda, y las exigencias sociales en sus varios grados. El estímulo externo pone en acción los activadores transmitidos y fija la orientación y el proceso formador. ¿De esta manera no pudiera mediarse en la disputa entre la escuela de Lysenko y las de sus opositores?

Si queremos esclarecer los móviles de la conducta en el hombre o siquiera emitir juicios un tanto acertados sobre ella, hace falta inquirir por los ámbitos fisiológicos y mentales dentro de los que se desenvuelve. El campo mejor explorado hasta ahora respecto de las operaciones del sujeto es el de la conciencia, significando por ella el espacio mental iluminado a plenitud por el yo operante, o sea el que se halla controlado por la persona y responde a sus decisiones. Este recinto visible para cada uno, donde se reciben las incitaciones y actúan los comandos que dirigen nuestro comportamiento, encuéntrase delimitado por franjas o bandas de distinta intensidad en luz y exposición, la una por debajo del umbral de la conciencia, y la otra más allá y fuera de control remoto y apenas perceptible para el yo. Lo inconsciente sumido en una nebulosa en el comienzo, se va ensombreciendo a medida que nos hundimos en su entraña; y lo supraconsciente, que es suparracional y ligado a las mayores energías disponibles en los destinos humanos, no es la tiniebla sino la claridad, si bien la claridad distante que no nace de nuestra mente como de su foco, sino a ella se impone y en ella se refleja, por lo que desconcierta a la persona dotada de sus dones, pues supera acualquier intento directriz: la adivinación, la visión a distancia, la premonición, los conocimientos que no proceden de juicio ni razonamiento si no son intuitivos, como la ciencia infusa.

Tenemos por lo dicho: un espacio señorreado o dominado por la mente, en el cual la voluntad puede ejercitar las iniciativas de que es capaz; el profundo abismo de lo inconsciente, en cuyos más lejanos círculos se encuentran las raíces de la existencia de la especie, junto a las conquistas de la vida para poder supervivir, y además todo aquello que la inteligencia ha perdido como iniciativa en fuerza del hábito de hacer, para sumarse a los recursos espontáneos; y las reverberaciones de lo milagroso e irrevuelto, de aquel conocimiento que desligándose de los métodos ordinarios del saber nos pone en con-

tacto con cosas y seres, relaciones y dependencias distantes y sublimes. Como nota común y ligante a esas varias esferas del pensamiento, los signos de placer y dolor, dándolos temblor e impulso de acción, y las emociones en que tales notas se traducen.

De todas las enseñanzas de Freud, la que a mi modo de ver es digna de la mayor alabanza y reconocimiento, es la que ensanchó y dió preponderancia, sobre el limitado teatro de la conciencia, a las demás fuerzas temperamentales y éticas concurrentes para conferir a la persona su relieve, incluso explicando por ellas las modalidades conscientes. En verdad era inexplicable el abandono del mayor número de los recursos para contentarnos con una parte limitada de ellos, a veces apreciando los efectos con olvido de las causas. Lo excesivo en el freudismo es el papel asignado al libido.

Los instintos animales tienen dos orígenes diversos para la especie: los primitivos y originarios nacen de la propia expansión de la vida y los esfuerzos del ser organizado para conservarla. Condición ésta aplicable a todos los seres no inorgánicos. Se produce antes de la aparición de la conciencia individual en el reino de lo viviente. Sus calificativos debieran ser, por natural destino, la presión del existente y la seguridad de la respuesta. Y así parece acaecer en los animales pero no en el hombre, como lo explicaré poco después. Otros instintos —los peculiares de cada especie—, sobre todo generan se en hábitos de hacer, repetidos por muchas generaciones, y que convertidos en automáticos por la repetición, fogan del campo de la conciencia para sumirse en el régimen de lo inconsciente. La transmisión hereditaria continuada por siglos, restando todo lo individual, lo transforma en patrimonio del grupo. A estas manifestaciones del instinto son a los que cabe denominarse con rigor, memoria de la especie, en vez de ser calificativo genérico.

He ahí el primer síndrome hereditario: los instintos de varias categorías que rigen las existencias y las tiñen de intenso matiz emocional, por ser cumplimiento de funciones fundamentales y descarga de acumulados excitantes en el organismo. Sin embargo, para el hombre, esos complejos revisten peculiaridades muy suyas.

Los naturalistas nos han dicho: el ser humano parece provisto de menor número de instintos que sus antepasados animales, y, en todo caso, con calidades menores de seguridad en su comportamiento (1). Y los psicólogos nos han dado la siguiente explicación: la verdadera

(1) A la afirmación de algunos sobre el menor número de instintos en el hombre han opuesto otros criterio contrario pero todos coinciden en la falta de fijeza y claridad del comportamiento instintivo para nosotros.

conquista del ser racional es la de los dominios de la inteligencia y el razonamiento para conducir sus actos, o sea, número considerable de caminos o posibilidades entre qué elegir. Su conducta es electiva y selectiva, no soporta los rigurosos mandatos y aún a riesgo de la inseguridad en los procedimientos prefiere el poder de la iniciativa.

Con una ingenuidad y decoro difíciles de mantener en el escabroso tema elegido, Longo —o el autor que fuere del relato— refiere los amores de los no iniciados e inocentes Dafnis y Cloe, entre quienes el instinto genésico despierta emociones imprecisas y ansias renovadas cuyo destino no comprenden. Susurra a sus oídos la voz del instinto pero no la entienden. En vano gente experimentada sugerirá a los amadores modos y formas, sólo la experiencia será capaz de salvar el conflicto. Nunca quizá fueron descritos con mayor magistralidad las vocaciones del instinto y el dulce tormento de no saber responder a sus requerimientos.

Remy de Gourmont con la espléndida riqueza de imaginación y de lenguaje que acostumbra, ha tratado de poner en evidencia cómo todos nuestros órganos y facultades tienen un destino concurrente, "la conservación de la vida", lo que equivale en sus explicaciones a "la conservación de la especie". Señalando al mismo tiempo las emboscadas y sorpresas que obran en tal instinto para desconcertarnos y dirigirnos por sendas indebidas. (1).

Con suma cautela y encanto refiérenos uno de los hermanos Goncourt, en su novela "Querida", el difícil y desconcertante paso de la niñez a la pubertad de una jovencita que creía morir por la evacuación natural del exceso de sangre nubil.

Dos partes se descubren en este instinto primario, el genésico: el cumplimiento de la función vital a que corresponde, para el que hacen falta actos precisos y determinados; y el matiz afectivo circundante y penetrante, en la satisfacción del deseo. Por ser conocimiento lo uno y conducta a resolverse, tiene las mil encrucijadas de la elección; por ser lo otro facultad en gran parte fisiológica de cumplimiento de una actividad, tiene la seguridad afectiva por encima de cualquier propósito. La voluntad se quiebra en este punto y se impone lo emotivo sobre lo inteligente.

¡Cuántos han sentido crecer en su corazón pasiones reprobadas por su entendimiento y en qué sinnúmero de casos el acto reflexivo que condujo a un matrimonio conveniente no ha sido castigado con el más duro fracaso!

(1) Remy de Gourmont, especialmente en sus obras, "Física del amor", "Un corazón virginal" y "Cartas de un Sátiro".

Los instintos, por tanto, en el hombre son hereditarios pero no de seguro destino sino en el caudal emocional que los acompaña. Siendo iguales estos atributos en los instintos originarios y primordiales que en los secundarios o causados por los hábitos convertidos en espontánea acción.

Las pasiones revelan el predominio de lo emocional sobre cualquier otro aspecto de la existencia. Es el alineamiento en formación defensiva de las fuerzas fisiológicas. Puede ir acompañada de un vivo conocimiento o de estados crepusculares de la conciencia, si bien esto último es lo ordinario. Las pasiones son la tortura del hombre o son su exaltación, a medida del objeto a que se aplican sus enormes fuerzas y vitalidad. El hombre apasionado es capaz de nobleza o perversidad, pero no es el supremo egoísta que se lo recluta entre los calculadores y fríos, casi siempre carentes de imaginación y de acendradas virtudes.

Lo apasionado, por ser agitación fisiológica al mismo tiempo que mental, deja tras sí cambios fisiológicos de importancia, en esa especie de memoria orgánica que dichos cambios significan, en cuanto pueden reproducirse sin presencia actual del estímulo. Las pasiones son por lo mismo caudales hereditarios transmisibles a la descendencia.

De las varias pasiones a que se halla sujeta nuestra naturaleza, la que ha sido exaltada y casi divinizada por el cristianismo, es la ira: no sólo en los transportes de indignación de un San Bernardo, cuando llama a juicio a todas las potestades espirituales, que hicieron de la Tierra y sus bienes coto cerrado de su ambición y avaricia; no sólo en el cíclico tronar del Gran Gibelino, llamando a cuentas y condenando sin remisión los siete pecados capitales entronizados en la gloria y vanidad de soberanos laicos y eclesiásticos; no sólo en Moisés que rompe rabioso las Tablas de la Ley, en contemplación de la inconsciencia y temeridad de los israelitas; sino en la propia figura inmaculada de Jesucristo, irguiéndose terrible para fustigar a los mercaderes profanadores del Templo. Aún el orgullo pierde su aspecto bestial cuando es reconocimiento de las altas virtudes del espíritu y apartamiento con repugnancia de los vicios comunes que mancillan a un grupo o clase. Lo sórdido e intolerable es el egoísmo que se suplanta a todo y nada arriesga, recogiendo en cualquier campo cosechas propias y ajenas, como si cuando existe fuere su heredad y patrimonio. Es la avaricia de todos los bienes terrenales y el despojo convertido en precepto, pero no luchando para obtener sino reptando para subir.

Y por ser las pasiones en la genalogía de los seres, historia y creación relativamente reciente, debemos adscribirlos entre los determinantes de los caracteres nacionales: aquellos que producen el sen-

tido del honor y la gloria, de catástrofe y dolor, de fuerza o impotencia.

Y si ascendemos a las llamadas esferas superiores de la mente, donde se forjan las abstracciones y las ideas generales; vemos que los hombres las adquieren mediante experiencias repetidas realizadas en colectividad, con sus semejantes, y mutuas influencias entre los agrupados. Las experiencias de cada una sumadas a cien mil experiencias de sus contemporáneos, que mutuamente se comunican y a millones de los generaciones sucesivas, herederas de aquellos, formúlanse en una palabra o concepto que las recoge y concentra. Pierden lo que tienen de particular y concreto, para ser genérico e indeterminado. Su contemplación detallada y completa corresponderá hacerlo cuando estudiemos los caracteres sociológicos de la constitución de las clases.

Así como los estados placenteros o dolorosos son la aurea que rodea a los instintos y sensaciones, la emoción acompaña y vuelve tensa y vibrante a las decisiones de actuar correspondientes; y las ideas puras, los altos juicios y las conquistas subidas de la razón, se revestirán de calor y entusiasmo, dejarán de ser fría contemplación de sucesos desinteresados, desde que los penetre y anime un hálito afectivo que los transforme en sentimientos, cuya objetivación es el arte: arte de concebir y amar sus concepciones, la ciencia; de perseguir y sublimar emociones amplificándolas y generalizándolas, las bellas artes.

Las ideas abstractas, los juicios a ellas inherentes, la fuerza del razonamiento, son sobre todo adquisiciones debidas a la estirpe e incorporados como patrimonio de la misma en función del medio social donde se producen. Son la economía y coordinación de los trabajos sociales, guardados en la caja de caudales de ese conjunto humano.

He de reforzar mi criterio, insistiendo en que, el substratum hereditario psicológico se encuentra sobre todo en los estados afectivos de los varios órdenes enunciados: dolores y placeres orgánicos, duros y toscos en las sensaciones directas recibidas por el individuo, pero excedidos y agigantados en las experiencias de la especie; emociones de impulso forjador y reivindicativo, en las grandes pasiones; y decantada y purísima luz, en los nobles sentimientos de los mejores. Sobre esos fondos se bordan y florecen los múltiples excitantes de la acción y el régimen y el ritmo de la conducta.

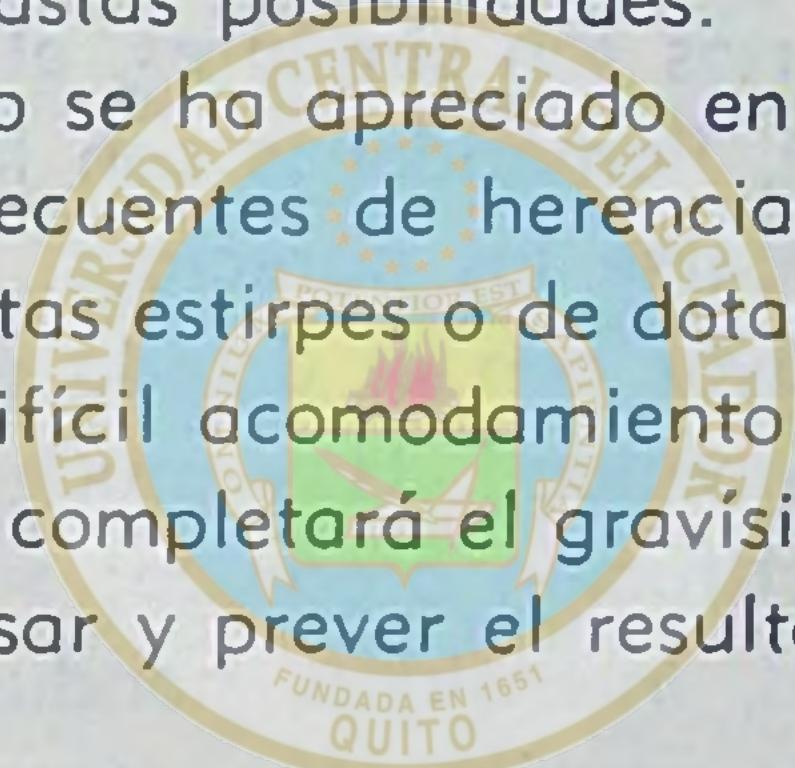
Y si todo es fluctuante y sujeto a variaciones en el caudal hereditario, su indeterminación es mayor al referirse a las ideas generales y abstractas, pues para ellas no hay sino una especie de contorneado o prefiguración del contenido, que se convertirán en realidades mentales con los materiales propios de cada sujeto. De ahí la

disputa sobre su calidad de esencia de las cosas o de sólo apreciaciones personales de las mismas.

Compréndese cómo los elementos últimos temperamentales pueden coincidir sin confundirse, preparando la estructura sentimental propia de los grupos. Pero son tan poco aprensibles y materializables, tan poco objetivos por su propia condición de síntoma o coloración del hecho y dato, que nos explicamos el por qué no es fácil destacarlos y menos aún descubrir su proceso y contenido, ya que al hacerlo hay que sustantivarlos en lo que lo contiene o a lo que se le atribuye. Y si no se ha podido pesar ni medir los aportes sensibles hereditarios, tampoco se ha hallado el cuadro de Mendelejeff de las emociones y sentimientos, por más que éstos sean de especificidad mayor.

En el orden de lo instintivo —ya quedó subrayado— sus repeticiones se dan con aquella devaluación que en el hombre tiene el instinto, para conferir ancho margen a la inteligencia, que es por naturaleza electiva y de vastas posibilidades.

Agréguese a cuanto se ha apreciado en los análisis precedentes, el choque y conflicto frecuentes de herencias dispares, por la conjugación de seres de distintas estirpes o de dotaciones disímiles por cualquier motivo, con ese difícil acomodamiento y selección de atributos que es su corolario; y se completará el gravísimo conflicto ante el cual nos hallamos para precisar y prever el resultado.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sobre los indicados fondo y propensión, temperamento de origen hereditario y perdurable, vienen las experiencias de cada uno, o sea la cristalización de los propios atributos. ¿Cómo se lo realiza? Con intervención del medio circundante.

El caudal hereditario biológico y psíquico que los antecesores entregan a sus descendientes, es una especie de crédito indeterminado en cuanto a los bienes con que se lo pagará, lo que depende de las circunstancias concurrentes a la época de cada vencimiento. Y esto ocurre desde la vida uterina hasta la finalización de cada existencia. La vida prenatal es la rodeada de las más densas influencias extra-individuales. Dependiendo íntegramente de la madre, su influjo se deja sentir en todo momento, lo penetra y lo constituye. En consecuencia el desarrollo hereditario se dará a medida y en la dirección que ese ámbito biológico lo determine. Si la madre es plena de salud y fuerte, sin preocupaciones ni disgustos: las condiciones serán óptimas en el empleo de las dotaciones hereditarias del feto. Si las circunstancias son las contrarias, el pago será hecho no en bienes sino

en taras y peligros. Al lado de ello hay que contar con aquellos otros factores que no siendo hereditarios lo simulan: el contagio en el feto de las enfermedades momentáneas de la madre.

Luego el niño en el mundo, a descubrirlo y a realizarlo. Pequeño Simbad de viajes ignotos, que lleva un tesoro sólo válido en sus manos, los recursos de su herencia: valor en cambio, en los accidentes de su recorrido, inagotable y siempre creciente a compás de sus nuevos conocimientos. Los lugares que descubre y con los que se enriquece su mente, son: primero, el hogar doméstico, habitado por sus próximos parientes; luego el jardín de infantes a donde acuden los hijos de gente de la misma posición social y posteriormente los otros grados de la educación.

He ahí cómo en nuestro porvenir van marchando unidos lo individual y lo social, en uno como destino paralelo permanente de conquistas del individuo en preparación de modelos colectivos. No se pierden las iniciativas particulares, pero en su mayor parte son dadas y se despiertan al influjo del medio en el cual se actúa. Ahora bien, si las dotaciones hereditarias son similares, el teatro donde se desenvuelve la existencia igual, llamándonos con las mismas voces y provocaciones, es fácil explicarse los parecidos.

Pero se ha de subrayar con el debido énfasis la presencia característica de cada personalidad. Hay mucho de propiedad exclusiva del sujeto: como constitución orgánica; sensibilidad de respuesta a los excitantes; claridad, intensidad, hondura, brillantez o sombra en el ejercicio de las dotes intelectuales; energía o blandura de la voluntad. Y no toda ha de atribuirse a desigual influjo del medio sobre los aportes hereditarios. No es raro el caso de desviaciones temperamentales en una familia que sorprenden y desconciertan a cuantos la conocen. Todo el ámbito físico y mental ha sido idéntico y sin embargo el resultado totalmente opuesto.

En determinada provincia de nuestra República vivía una familia ilustre, cuyos destinos parecían estar favorecidos por un sinúmero de ventajas. La conducta de sus miembros era modelo y regla de comportamiento para los mejores hombres de su sociedad. Notables figuras ilustraban su genealogía, bellos rasgos de heroísmo se contaban de sus miembros y nada pugnaba entre ellos contra las costumbres y moralidades comunes. Pues de sus entrañas nació y a sus pechos se amamantó la figura de contraste: un malvado, en toda la extensión de la palabra, escandaloso y cruel, sólo subsistía por el atropello y la violencia, para la lujuria y la ira, y para todas las pasiones desenfrenadas. Capitán de asaltadores de camino, había sentado sus reales en cuevas descubiertas a las estribaciones de un cerro que domina profundo barranco en cuyo fondo se precipita tumultuoso y an-

cho río. Allí tenía este nuevo Barba Azul el castillo de sus concupisencias, a donde arrastraba a doncellas de las más varias categorías. La imaginación popular le rodeaba de atributos muy raros y le prestigia con una aureola casi demoníaca. Sin embargo la nobleza de su estirpe se demostraba en algunos rasgos heroicos o generosos. Fué una especie de héroe popular de todas las maldades e infracciones de la Ley.

En sentido contrario pero coherente ¿acaso el abolengo de los Gonzaga —gente de guerra y de presa— no se prestigió con la figura de mansedumbre pocas veces igualada, de San Luis?

Para matizar los cuadros temperamentales, fuera de lo dicho hasta ahora, debemos referirnos a lo siguiente: cualquiera que sea la espontaneidad en la conducta y el grado de automatismo en el hombre, es evidente que responden sus acciones a procesos psicológicos, en mayor o menor grado, complejos, que engendran nuevos estados en la mente o en el montaje orgánico respectivo, o en unos y otros según los efectos ordinarios incluso los que se llaman reflejos condicionados, no se producen por los meros mecanismos primordiales, sino con complicados aportes subsconscientes y en mérito de una memoria orgánica profundamente individualizada. De modo que la conformación que en nuestro cerebro adquieren los actos resueltos, antes de cumplirlos, vienen a modificar las relaciones íntimas psicológicas inspirándolas para la decisión final y para responder a ella, consciente o inconscientemente, así como enriqueciendo el tesoro de sus experiencias y memorias.

La repetición de semejantes actuaciones impuesta por las circunstancias de la propia existencia, influye en la adquisición de hábitos permanentes; los que imitados por otros sujetos del grupo, se convierten en maneras sociales; y cambiados en espontáneo hacer y transmitidos por herencia, pueden originar, a la larga, patrimonio de la especie con el nombre de instintos, o a lo menos de la estirpe, en calidad de actividades no reflexivas.

No puede inhibirme de plantear a lo menos en el presente acápite, algo que siendo proceso y resultado colectivos tiene sin embargo resonancias individuales de las mayores, me refiero a los sistemas imitativos que forman juego y se confunden con frecuencia con el contagio mental.

Hay imitación: cuando un sujeto ha resuelto, espontánea o reflexivamente, efectuar actos o seguir una conducta practicados por otras personas. Y contagio mental: si alguien en presencia de demostraciones físicas correspondientes a un estado de ánimo, siente surgir en sí el ánimo respectivo, a medida de su temperamento.

En el primer caso hay una actividad social propiamente dicha, que coordina formas y modos de procedimiento del respectivo grupo de personas, con resonancias internas, claro está, en la conciencia del imitador que le aproximan al modelo, en la medida de la dependencia existente entre la ejecución y los datos espirituales que los constatan. Mientras en el contagio mental se conserva la independencia del individuo en su esfera interna, donde se reproducen no las motivaciones de otro sino las propias. Lo externo aquí es sólo el despertar, la llamada a los internos resultados. Si imito, dependo de alguien y a él me aproximo; si sufro el contagio, es la propia vida resuelta por sus medios, si bien en virtud de estímulos que sienten también los demás. Los ejemplos se darán cuando hagamos la investigación sociológica de la constitución de las clases sociales.



Las semejanzas están dadas por consiguiente, cuyos contrastes deben buscarse en las dotaciones particulares: intelectuales, emotivas y sensibles; no muy discordantes en la mayoría de los casos dentro del grupo que mantiene una existencia común, pero en ocasiones distintísimas en su diapasón. Debiendo eso sí repetirse que ni lo uno ni lo otro se expresan en cifras, ni dibujos, ni contornos claros y determinados, sino en cierta estimativa genérica que en impresiones muy imprecisas se traducen.

Se ha descrito a la aristocracia inglesa como un tanto rígida, pero pulcra y respetuosa de la ajena dignidad; correcta, pero fría en sus modales por el temor a exteriorizar las emociones que lo consideran de mal gusto. Así su corrección corresponde a externas apariencias y excesivo respeto a las jerarquías. Casi no se va a más allá cuando se la describe dentro de la sociedad británica a la que confiere dignidad y prestancia tradicionales. Pero ¿qué se ha dicho con aquellos epítetos? Acaso nada; quizá todo. Nada como calificación real y concreta de actos realizados. Trátase sino de pintar un cuadro histórico con tan débiles fundamentos y el más autorizado historiador o cronista no nos presentará sino una caricatura de la existencia inglesa, un museo de cera con galvánicas agitaciones. Será todo, como postulado de conducta, etiqueta social, regla cuyo quebrantamiento merecerá el durísimo reproche de sus iguales, pero interpretada y aplicada por quien corresponde.

Ateniéndonos a semejantes normas es fácil comprender la enormidad del escándalo que representa cualquiera transgresión. Mucho peor si se desconocen todos los preceptos y se hace sarcasmo de ellos, según se lo hizo por aquel demoníaco personaje, para los hombres

de su generación y de su categoría social, que es para nosotros eminentemente cumbre entre los personajes británicos de mayor prestancia, el poeta Lord Byron.

La burguesía francesa es ordenada, económica, práctica; enemiga de las exageraciones y del desplante; en contraste con la bulleante vida del pueblo, sobre todo en las grandes ciudades y en las épocas de agitación en que todo trastorna, vuelca y desprecia. ¿Se refiere a la burguesía que trabajó denodada para sustituir a la antigua nobleza, o a la pequeña burguesía ansiosa de tranquilidad? ¿Y cuál es la línea de deslinde entre la una y la otra?

3. SOCIOLOGIA DE LAS CLASES

Cualquier penetrante estudio de una realización social impone al investigador fijar la materia propia de su estudio o de limitarla de cuantas próximas están o se la asemeje.

En orden a las clases sociales, numerosas indicaciones hemos hecho a lo largo de este prolífico ensayo, sin disimular las dificultades ingentes que se presentan, para la calificación primero y luego para caracterizarlas. Hoy tenemos que agruparlos e insistir sobre aquellos datos, si hemos de perseguir como pretendemos, determinar las causas de su formación y el papel social cumplido o que pueden cumplirlo en el porvenir.

Inquiriendo por las motivaciones que las dan origen, señalaremos que su constitución no es obra reflexiva ni decidida por el hombre, sino efecto natural del comportamiento de los factores que intervienen en los varios estratos o círculos sociales. Corresponde a una fórmula genérica de integración biológica, aplicada a los diversos organismos individuales y colectivos. Ciento que la batalla y el triunfo pueden ser las causas ocasionales de la diversificación, mediante discrímenes y segregaciones que han de aprovechar las clases para su estructura, pero el resultado es de distinta índole y no previsto por el conflicto político. Nacen del tiempo y las costumbres desligadas de las reglamentaciones estatales. Es resultado espontáneo del convivir humano y los cuadros que en su interior se forman, no rara vez en oposición directa con los programas de los Poderes Públicos.

El sistema segregativo no fué Plan de la Corona Española, sino por el contrario habría deseado la camunión entre sus súbditos del uno y otro lado del Océano. Esto se desprende de aquellas declaraciones en las cuales los Monarcas recordaban a los hombres de la conquista como, castellanos e indígenas eran igualmente súbditos de su Majestad. Y si más tarde se tomaron precauciones respecto a la copulación entre conquistadores y vencidos, fué para evitar los excesos

de violencia, de prostitución y de irresponsabilidad de los primeros. Nunca se prohibió el matrimonio entre ambos y cuantas veces quisieron concertarlo obtuvieron la bendición nupcial. Lo prohibido era la satiriacis de estos nuevos centauros que recorrían campos y poblados tumbando a mujeres de toda condición sin reconocer otra ley que el instinto.

Las clases se establecen, por tanto, sin intervención, sin consentimiento e incluso en contra de los proyectos administrativos y de gobierno. En las propias castas, las similitudes que se alcanzan de vida doméstica y de hogar, o las separaciones, profundas por esos motivos, no arrancan del precepto político sino del diario transcurrir de las existencias en su aislamiento bastante despectivo o rencoroso.

Las clases no responden a una disciplina y organización visible y objetivamente apreciables, sino a una conducta privada que se generaliza dentro del grupo de semejantes. Nadie podrá configurar deslindes precisos. Pero es relativamente fácil catalogar a cada hombre en una u otra de ellas. Esto significa que no se las ha dictado reglas concretas de procedimiento a las que se han de someter sus componentes, ni hay autoridad capaz de hacerlo. Se crean sus costumbres más por prácticas realizadas que por un Código promulgado.

Sin embargo no cabe afirmarse que carezca de sanción el desconocimiento de sus fórmulas, pues la tienen en el desprecio, deshonor y desprecio que acompañan al miembro de una clase que se aparta de los métodos ordinarios en uso, que en los casos graves llega a una especie de expulsión o aislamiento del culpable.

Pueden seguirse los pasos sucesivos por los cuales entran en vigencia los modales afectos a una clase. Existen en los grupos personalidades distinguidas y respetadas, cuyos designios se escuchan con atención y sus actos se repiten devotamente. Pero la prestancia y dignidad no es patrimonio de alguno o algunos sino de muchos, de donde procede una lucha interna selectiva: pues los adeptos de cada cual preferirán las iniciativas de éste sobre todas las demás. De cualquier manera los modelos comienzan por ser acogidos no impuestos, seleccionados entre varios, no únicos; que su vigencia invencible sólo llega mucho después, cuando la costumbre los ha sancionado. Si son demasiado violentas e innovadoras las prácticas exhibidas, les es dable triunfar de modo momentáneo, sobre todo en las épocas de gran agitación, pero están condenadas a una existencia muy precaria. Supóngase la insolencia que en esta hora del mundo proclaman algunos sindicatos, en forma de reacción contra las clases dominadoras y explotadoras del trabajador, cuyos excesos de seguros se moderarán cuando se obtenga un justo reacomodo de los grupos, que es la tesis sensata. Sin embargo debemos estar prevenidos, para no sindicar a las clases como respon-

sables de muchas de las exageraciones o desafueros cometidos a su nombre, y cuando en realidad fué su obra, no se la ha de señalar como verdadera actividad clasista y que le corresponda en tal sentido, sino como esporádica militancia en la política nacional, forzadas porque sus privilegios y atributos estaban amenazados o por el intento de conquistar de los nuevos dentro del Estado. Quiero que no se olvide que si las finalidades de las clases están muy alejadas de la política, no se encuentran privadas de intervenir en ella: ya con el sentido de influencias ejercitadas ante el gobierno —función indirecta pero propia del grupo para alcanzar la protección administrativa a sus intereses— o con participación eventual en la lucha, en los casos mencionados. Y con exactitud este es el temperamento por el cual atraviesa el mundo en este instante: las clases sacudidas en sus más íntimos soportes y resistencias, quieren ventilar los problemas de su supremacía y hasta de su existencia, bajo la propaganda fabulosa de una sociedad sin clases o, la de mayor contenido humano y convincente, del arreglo y transacción entre ellas. Yo he de proclamar de nuevo: no es consustancial con la distribución de la sociedad en clases la lucha permanente entre ellas, ni las contradicciones ni la superposición de las unas sobre las otras. Cabe el arreglo cooperativo que las sitúe a las unas junto a las otras en un plano horizontal de mutuas referencias y apoyo, incluso en la distribución de los diversos bienes disponibles. Los álgidos instantes, como se ve, borrando rivalidades y resentimientos agrupan los intereses en juego o en peligro bajo propios comandos para la batalla, donde cada cual toma su puesto. Pero lo oportuno será resolver los conflictos en el porvenir, no en combate campal sino en la negociación y el buen entendimiento.

No dudo en señalar al sistema constitucional de las clases como de interna fuerza y estructura temperamentales, entre grupos de hombres que responden a intereses comunes distintos al de otro u otros grupos, dentro de una determinada sociedad política. En cuyo caso los recursos dispuestos y que se evidencian en la práctica —éticos, culturales, económicos, etc.—, son medios hábiles para el resultado, que lo favorecen o dificultan, le confieren una tonalidad u otra, pero no pueden, no deben confundirse con el producto que de ellos se sirven y con distinta eficacia en cada caso. En esta confusión la que ha desconcertado a los investigadores en la materia, tomando la parte por el todo y el continente por el contenido.

Dadas las características discernidas, nos toca asistir al proceso sociológico de su establecimiento: según el objeto a que responden y el resultado final obtenido.

Es ley universal en la asociación de los seres y sus elementos

—bien para constituir organismos individualizados o de tipo colectivo— el tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo, y en la función, de lo indefinido y múltiple a lo especializado y concreto. De ahí que sea paso obligado para cualquier perfeccionamiento desligar y diferenciar formas y procesos de actuación. A tal objeto responde dentro del Estado la constitución de las clases sociales. Pero no habiendo intervenido en su formulación la voluntad del hombre, ni para crearlas ni para reglamentarlas; su evolución procede de naturales estímulos que, si el ser humano puede favorecerlos o estorbarlos, no cabe atribuirse a un querer reflexivo suyo. En el instante en que voluntaria decisión aparece y se formulan preceptos para alcanzar un fin determinado, ha surgido una nueva realidad que no es la clase, pudiendo marchar a su vera o abarcar a sectores varios, confundirlos o incorporarlos en el propósito: así, si los individuos eligen o se les impone una manera de trabajo, se da origen a las profesiones; si se los señala postulados políticos o aspiraciones de tal orden, nos hallamos en presencia de los partidos; si conseguir se pretende la riqueza, brotan en distintos planos las empresas, las industrias, el comercio, la agricultura y la condición dispar de cuantos a la respectiva actividad se dedican, y sus varias asociaciones; si se persigue la cultura, la instrucción, el arte, formulándose las academias y los círculos intelectuales. Cabe que las clases en ciertos momentos tomen posiciones propias de cualquiera de esos respectos, pero ello no las califica. Decide, supongamos la aristocracia, apoyar a un caudillo de baja extracción popular pues le ofrece firme apoyo: ni al caudillo lo ha ennoblecido ni ha adoptado la clase sus métodos de vida. Los grandes caudillos facilitan mejores medios de vida, pues el trabajo impuesto no ocupando todo el tiempo, permite el cultivo de la inteligencia, la comodidad va mejorando el trato y las costumbres, es probable que el lujo refine los modales: todo ello sin embargo no es resultado seguro de la riqueza. Grupos de trabajadores intelectuales lo consiguen en gran parte sin disponer de abundantes medios económicos.

Se ve cómo se escurren de entre nuestros dedos ansiosos de aprisionarlos determinantes de la conducta en aquellas realidades, y cuando de dibujar sus fisonomías tratamos, los trazos son difuminados, pues apenas apoyamos el lápiz para precisarlos, cambian de contenido y representación. El etnólogo se encuentra de pronto ante el examen de tipos de población: razas dispares, mestizajes múltiples, poblaciones ciudadanas y campesinas, se ha desviado sin notarlo. La tendencia materialista de la historia, hállase en presencia de los medios de producción: y decide explicar las jerarquías por sólo el caudal de la riqueza disponible. El cultivador de los signos cul-

turales se deja seducir por ellos: hay grupos de gentes ilustradas e ignorantes, y las que se aproximan a las unas o a las otras. El político observa la conducta de los ciudadanos: y los designa como aristócratas y demócratas, confundiendo y equiparando la aristocracia con la clase elevada de la población y la democracia con la popular. En cualquier caso la apariencia, la demostración externa, el síntoma, considerándolo como esencia y sustancia, y cada cual según su preferencia. Los sociólogos no afiliados tercamente a un sistema, hacen el acopio de las varias representaciones, intentando por ellas descubrir y describir las clases, y casi siempre fracasan, es que olvidan la alerta necesaria, de que no son sino manifestaciones superficiales de algo profundo, y sometidas a numerosas variantes. Eso si, es fatal, dentro del reconocimiento que hacemos, el uso de líneas fluctuantes y vagas como pasa con numerosas creaciones espirituales de la naturaleza, y la mayor de todas, la nacionalidad.

Después de cuanto he enunciado, la pregunta fundamental para mi es la siguiente: ¿cómo se establecen las clases dentro de cualquier sociedad organizada? No es requerimiento histórico sino funcional. No aludimos a un comienzo cronológico sino a aquello que puede acontecer en cualquier momento se forjan y realizan —respondo— con toda evidencia, a través de las ocupaciones y destino que asignan a su existencia cada grupo ciudadano. Quiero marcar los relieves de este pensamiento: no digo, ni creo posible admitirlo, que las categorías de ciudadanos decidieron establecer las clases, pero sí que reconocen para cada ^ÁDNA HISTÓRICO sus peculiares intereses y afanes. Así mismo no hablo del trabajo sino de la ocupación, porque el sin trabajo —por no encontrarlo o porque no lo desea— no deja de ser miembro de su clase y su empleo actual o en potencia corresponde al de su grupo, como le pertenece su conducta. Trabaje o no trabaje el obrero vive una existencia similar a la de los demás, en prácticas, usos y costumbres, en el modo de concebir las relaciones y de realizarlas. Y semejantes coincidencias se forjan por múltiples condicionantes, algunos de los cuales voy a valorarlos.

La primaria ligazón se encuentra en ocasiones en motivos religiosos o en problemas del trabajo. Bajo esas advocaciones se organizaron durante la Colonia las Cofradías y los Oficios. En las primeras predominando con absorbente predominio el patronato eclesiástico, cuyo santo titular es el patrono de cada uno de los cofrades. En los Oficios si se tenía en cuenta los intereses específicos, pero no propiamente del trabajador, ya que de ordinario se reunían para discutir y acordar mejoras de trabajo y rendimiento en su arte y profesión. De ahí no podían salir las categorías clasistas, no sólo porque se las multiplicaría en términos desconcertantes, con naufragio del concepto, si-

no porque no corresponde a reales diferencias de comportamiento con cualquier otro que deseara participar en los propios actos, y además unifica en gran manera a los dispersos, por ejemplo, los miembros de las diversas Cofradías pueden tener fervores iguales. Con todo arrancaron de ahí y fueron instrumentos notables para inaugurar ciclos de la formación clasista, por los motivos a exponerse en seguida.

El contagio mental es uno de los grandes problemas a que han de atender con esmero estadistas y políticos, educadores y moralistas, por las extrañas resonancias que tendrán en la conciencia de cada cual, siendo el peligro mayor en las reuniones ocasionales de muchos individuos por la forma en que se expresan y su violencia. Sin embargo, en nuestras descripciones no corresponde hacer gran hincapié en él, por su carácter eventual y transitorio, y no continuado como el que crea las costumbres y hábitos.

Eso no es desentenderse de la importancia tremenda que tienen para interpretar cualquier resultado social o histórico los sucesos de explosión y violencia, el mecanismo de las fuerzas impulsoras que intervienen y los resultados. Por ejemplo, explicar un hecho sugestivo del que se desprenderían muchas consecuencias: ¿por qué son los débiles, tímidos y retraídos los de mayor impulsividad en la borrasca? ¿Qué energías acumuladas representan? ¿Qué emociones se han sumado a las suyas presentes para templarlos en coraje y decisión?

El propio campo de nuestras apreciaciones es el de los actos continuados —llamados conducta— y los repetidos —originarios de hábitos— pues ellos responden de la formación y fortalecimiento de las clases sociales. Veamos entonces cómo brotan en el seno de una sociedad y cómo se estabilizan.

Motivaciones religiosas o del trabajo —las dos elegidas anteriormente entre otras varias de similar eficacia— pueden mantener unidas para sus fines a numerosas personas; pero esa es unión transitória y con objeto definido, mas, al mismo tiempo, motivo o incitación a ligámenes de mayor permanencia y sobre todo el tipo genérico, no limitado a cierto propósito. Luego de las horas dedicadas a los concretos problemas de su misión, vienen aquellos de sociabilidad en que el hombre busca la compañía de sus semejantes para conversar y reír, distraerse o murmurar, es el esparcimiento necesario al espíritu, no carente de enseñanza sino propenso a numerosas y fácilmente captadas. Incluso la murmuración, por ser juicio y calificación de acciones ajenas, es normativa, siendo el vicio que acarrea la amargura o maldad puesta al realizarla. Ese vivir y juzgar, mantener o rechazar se practican en las reuniones provocadas por los compañeros de labor, ya en sitios públicos y concurridos por cualquiera, a donde acuden los conocidos, ya en el interior del hogar, a donde han sido in-

vitados los amigos. En estos lugares será donde se moldee el temperamento de pequeños grupos primero y luego de extensos participantes que constituyen las clases.

En el lugar de reunión sus conversaciones e inquietudes comunicadas, se referirán en primer lugar a sus ocupaciones ordinarias, y como ellas no se reducen a sólo el taller o la fábrica, la oficina o sitio de estudios, sino a cuanto la vida sustenta o ella exige, se ve a qué gran espacio de las existencias afecta. Allí se pondera y razona todo, dando su veredicto sobre cuanto se ha puesto a discusión. El nuevo método descubierto para el trabajo, la organización distinta que se lo ha dado, las costumbres del patrono y del obrero, la vivienda del vecino, sus hábitos y sus recursos, la moda y sus transformaciones. Si algo inusitado ha surgido, si prácticas desacostumbradas se observan, se las valora y se resuelve imitarlas, modificarlas o rechazarlas. Pero como al lugar público acuden no sólo los individuos de una fábrica o de una ocupación sino de varias similares, las relaciones se extienden y complican en una red inmensa de sujetos y lugares concurridos por ellos. Es así como incitaciones diversas pueden venir de distintos campos, en unas como ondulaciones que se extienden y chocan al encontrarse. De un punto ha partido cierta iniciativa y de otro la que la modifica y contraria, los adeptos de cada una la acogen y propalan, y se discuten y oponen. Nacen de ahí la contrastación para elegirlas, la transacción para modificarlas, o el rechazo de todas sustituídas por otras.

Principia a circular por los salones de las altas jerarquías nuevos modelos de comportamiento, los cuales llevan consigo el acierto indudable en la invención o el prestigio del nombre de quien los lanza. Entonces son acogidos con fervor por cuantos concurren a ellos y se pone todo empeño en imitarlos. También aquí, y más que en ninguna parte, la lucha por imponerse es muy fuerte, tomando en ocasiones caracteres bravíos; pero el que triunfa es imitado, copiado con devoción. De esta manera y por la repetición continua de los mismos modelos vienen formándose los hábitos, hábitos que, como sabemos, dejan cierta huella permanente entre quienes los cumplen; y que transmitidos de generación en generación, son los modelos conservados y enseñados entre los partícipes de una clase: los educan a su medida.

De esa manera repetidas y propagadas se afianzan como costumbres de las gentes de cierta posición, las que prestando su asentimiento continuo y propalando sus excelencias, las vuelven obligatorias como patrimonio suyo transmisible a la descendencia, a la que la educan en el respeto de sus normas, ocasionándose de esa manera lo que se ha venido a llamar la herencia social. Así protegidas y consagradas esas adquisiciones se vuelven obligatorias y sancionadas

con el deshonor, el desconcepto y en ocasiones graves la expulsión de quienes las quebrantan.

De ahí la importancia que tuvieron en los pasados siglos los salones para las clases privilegiadas, pues eran los talleres de su refinamiento y buen gusto. La clase media en la centuria anterior se refugió en los clubs y cafés, dando la nota como de foro público para determinadas profesiones, entre ellas la de los escritores y periodistas. La taberna acogió al artesano, al obrero, al trabajador manual. Y junto a esos lugares públicos y abiertos a cualquiera, también se difundían las innovaciones con el concurso de la vida hogareña visitada por los amigos de la familia.

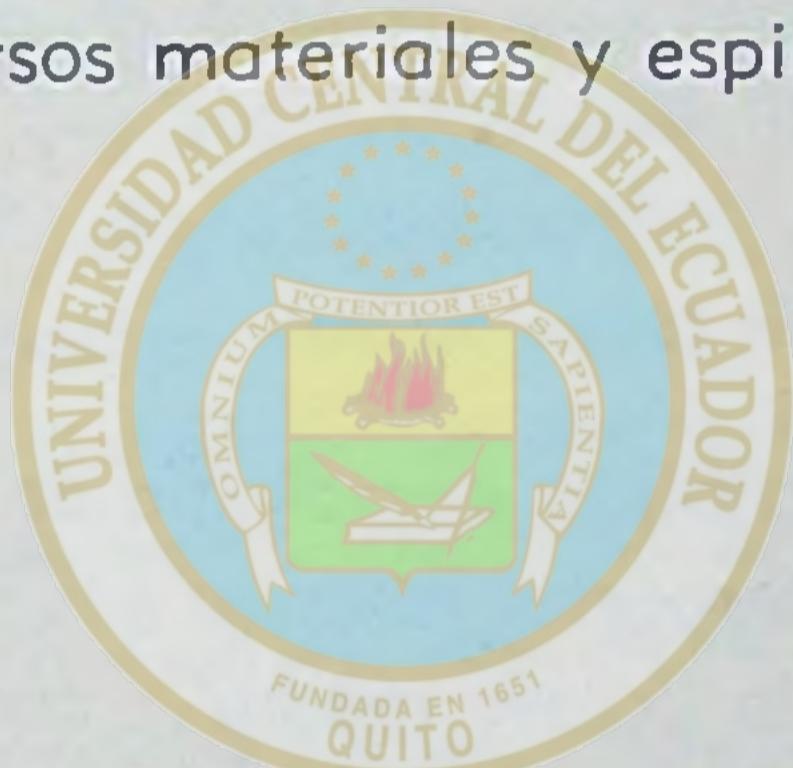
Los salones en nuestro siglo han perdido prestigio, los cafés han desaparecido como centros de reunión y tribuna para discutirse problemas, y las tabernas van siendo sustituidas por los locales de los sindicatos. Consideran mejor, aún las aristocracias tradicionalistas, recibir a sus relaciones en un hotel de gran lujo o en el bar de moda, que inquietarse en preparar su morada para la fiesta. El teatro y el cine son lugares de cita para cualquier género de personas. El club se ha popularizado y lo instalan ahora los sindicatos para sus miembros. Lo cual nos va dando la impresión de cambios sustanciales en la conducta que habrán de reflejarse en la organización de las clases sociales. La propaganda día a día crece en magnitud, eficacia y generalidad, el cine y la radio llegan a donde quiera, y la televisión aumentará el resultado en grandes proporciones.

Pero ¿cómo se hace posible la imitación en tan amplios extremos? Por la disposición psicológica que la prepara. El caudal hereditario similar entre los miembros del grupo: bien sea la herencia individual dispuesta en emociones, sensaciones, muestras de la inteligencia y de la voluntad, y sentimientos de todo orden; cuyo despertar y estímulo se debe al ambiente dentro del cual se actúa. Concurriendo en consecuencia dos contingentes para la semejanza: la igualdad hereditaria y la de los estímulos a que responde. Todo esto quedó descrito cuando se trató del aspecto psicológico de la constitución de las clases; dotaciones que siendo individuales crean el ambiente propicio para efectos colectivos. Y fuera de eso, para presionar en el mismo sentido, la herencia social común: de prácticas cumplidas diariamente entre los diversos agregados de la misma clase social —familias, gremios, sindicatos, corporaciones, etc.—. A cada instante vemos proceder a nuestros amigos o gentes de nuestra condición en determinado sentido; y tenemos que atenernos a ello. Produciéndose de contragolpe variantes en nuestra psicología, porque a toda actuación corresponden resonancias internas de tono y duración particular. De mane-

ra que las correspondencias externas e internas son mutuas y perdurables. Y lo individual y colectivo intervienen y se compaginan.

Agregamos todavía e insistimos —porque cualquiera insistencia es menor a la indispensable para el esclarecimiento de tan complejos problemas— en que la aceptación de los modelos, habiéndose efectuado por una selección minuciosa y segura dentro del grupo, a la que se han sometido las generaciones posteriores y las han afianzado en fuerza de su larga duración; es lo natural que su contenido, con las propias notas y expresiones, se exija de los miembros de la respectiva colectividad. De ahí arrancan las sanciones morales estructuradas para su defensa permanente; siendo al mismo tiempo privilegio y virtud amparados contra invasiones ajenas. Si tratáramos de definir su esencia diríamos: es el uso y empleo que cada categoría da a los bienes de que dispone. No es un conjunto de bienes atribuibles, porque las clases representan destinos de orden moral; mas se cumplen y ejercitan en uso de los recursos materiales y espirituales a su alcance.

Quito, Ecuador.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL